

PÍLDORAS MICROFICTICIAS

Lupercalia

YA ESTABA ESCRITO.

Soy Notaneka, cuidador de la sala que alberga el sarcófago de Akenatón en el museo egipcio de El Cairo.

Ambos nacimos el mismo día pero los años sólo pasan por mí. La relación que existe entre nosotros es como la de los dos bulbos de un reloj de arena: medimos el tiempo inversamente.

En este otro cumpleaños juntos le cuento que un investigador de la Universidad de Yale ha descubierto que él era hermafrodita.

Cuando yo muera el revivirá. Estoy seguro de que se acercará hasta el despacho del investigador y fascinado por su frivolidad le propondrá engendrar juntos un extenso linaje.

Esta jeroglífica opinión ya estaba escrita en el desierto. La leí en el tiempo inverso cuando mi nombre se escribía al revés.

LOS ARCHIVOS ALIENÍGENAS

La conferencia se esperaba con mucha avidez. El orador no defraudó. Mañana cumplía los 50 años de estudios ufológicos. Toda una autoridad paranormal.

Prácticamente refundió las creencias de todos los que estábamos allí. Dijo que la mayor prueba de que existe vida inteligente en otros planetas es que no vienen a visitarnos.

No necesitan acercarse -continuó- porque nos *teledirigen*. Los terrícolas somos los tamagotchi de los extraterrestres. Sus mascotas virtuales . Nos manejan con controles remotos cuyos comandos pulsaron hace años luz.

Seleccionar. Aceptar o cancelar.

TRES CAPAS DE PÁRPADOS

La espera propiciaba un análisis botánico que yo creía somero: hiedra sobre paredes cárdenas, esquinas aromáticas con jazmín y galán de noche. En el quinto minuto ya abandoné las plantas para revolotear los ojos sobre las personas. Destacaban algunos disfraces vulgares en una aburrida despedida de soltera.

A la huésped temporal del baño la atisbé cuando entró. Calibración aproximada: unos 30 años, unos 60 kilos, un metro 70 centímetros de estatura.

El minuto diez lo marcó la vertical de mis tacones inmóviles. Bajo una lámpara de araña color ámbar mientras yo derrochaba el tiempo en aquella espera entre la floresta del restaurante, el hombre perfecto me esperaba a su vez a mí.

Minuto 12. Llamé a la puerta pero la huésped temporal del baño no contestó.

Fui hasta la máquina de tabaco. Encontré a los vecinos de mesa junto a la barandilla del restaurante que daba al río.

Volví a mi baldosa de espera. Todo seguía igual. Minuto 17. Tal vez se trataba del *stripper* contratado para la despedida de soltera cambiándose de sexo.

A punto de desistir escuché como la inquilina provisional recogía sus bártulos.

Al fin, en el minuto veinte, ante mi impaciencia ya resignada se abrió la puerta. Antes había apagado la luz del interior pero su inconfundible silueta ya estaba frente a mí franqueando el marco de madera al que rozaban sus escamas. Avanzaba sobre sus dos extremidades inferiores. Me miró con sus ojos esféricos de tres capas de párpados. En una nueva calibración aproximada de aficionada a la zoología le calculé ahora 120 kilos, 2 metros cincuenta de estatura y unos 15 años. Era un cocodrilo inmenso.

Ni rastro de la huésped anterior, de su vestido vaporoso, de sus sandalias florales y sus pulseras de bambú. O se encontraba en su estómago o la metamorfosis justificaba la espera.

CAPOLADERA

En la pasada feria de arte contemporáneo de Madrid me acerqué a una instalación atraída por el olor.

El artefacto consistía en un tablero de madera de unos cuatro metros de área, colocado horizontalmente a medio metro del suelo, lleno de cientos de cubos de unos tres centímetros de lado. Dentro de cada uno se distinguía una pareja de figuras humanas ensambladas acrobáticamente. La urna cúbica contenía gelatina transparente. Ninguna postura se repetía. Se trataba de un kamasutra en tres dimensiones, con la particularidad de que su autor, el escultor o diseñador volumétrico, había modelado estas siluetas con carne.

Una cámara recogía la imagen que formaba el rompecabezas y la proyectaba en vertical sobre la pared del fondo formando un ángulo recto con el tablero.

Un motor bajo la superficie de madera movía una cinta corrediza que imprimía al conjunto un vaivén simuladamente sexual. A consecuencia de esto, algunas piezas se desplazaban hacia los márgenes y acababan cayendo en el embudo metálico que circundaba todo el panel. Debajo, una capoladera las convertía en tubos de escubidú cárnico. El autor había escrito *Ex* sobre el cubo de zinc que recogía la carne con gelatina. Sólo este prefijo: “fuera”, “más allá”, “lo que fue y ya no es” en letras rojo sangre.

En unos carteles adyacentes a la proyección se veía al artista modelando una figura femenina con la materia sobrante recogida en varios barreños metálicos. El último lo mostraba sonriente, acostado con esta escultura humanoide de tamaño natural a su lado.

La tarjeta con la descripción de la obra decía: Cama carnívora. Videoarte. Técnica mixta.

ZOOCIEDAD.

La poca difusión del lugar obliga a que la casualidad sea la única manera de dar con él. Así todos los que lo recorremos somos en cierta manera advenedizos, recién llegados.

No sé si un lugar así debería prohibirse. No se inflinge dolor, sus habitantes gozan y ya sería una reflexión de otro orden considerar si el placer en demasía disminuye su intensidad, anestesia o disipa. En este caso no es necesario que las mentes se concentren demasiado, sólo que sobrevivan incluso a ellos mismos.

No sé por qué casualmente vestía gabardina, gafas de sol y sombrero canotier, nada menos, pero no extrañaba a nadie.

Como no puedo escapar de las especulaciones éticas volví sobre el tema de la idoneidad de que aquellos seres estuvieran allí.

Parecían disfrutar realmente, no fingían, de eso no cabía la menor duda: les brillaban los ojos, tenían la piel resplandeciente y en algunos guiños las lenguas asomaban sonrojadas y húmedas.

A lo largo de casi cinco décadas había asistido a espectáculos de todo tipo: piromusicales, operísticos, escultóricos, dramáticos, náuticos, pero ninguno como aquel que además contaba con el añadido de lo inesperado e incluso insospechado: decenas de parejas heterosexuales y también homosexuales copulando al unísono, elevando al cielo gritos, gemidos, rugidos, jadeos entrecortadamente, aisladamente, continuamente, salvajemente durante horas marcando la humana limitación del hombre, su naturaleza mínima en comparación con aquella eclosión animal, incansable, ilimitada.

Toda una muestra de fortaleza, un espectáculo rotundo donde las jaulas hubieran dibujado la ironía y los cuidadores hubieran resultado unas figuras ridículas, de alfeñiques innecesarios.

Me sentí un privilegiado ante aquella lección de grandiosidad, de desinhibición.

No sé si sería capaz de encontrar de nuevo el camino del pornozoo o lo llevo dentro. Miro la carretera de mi esternón, la desembocadura en la pelvis y pienso que quizás tan sólo es necesario dejarse llevar.

MAQUINARIA DE PRECISIÓN SUIZA

Federer... Como si se tratara de un conjuro, su apellido sugiere cierta predestinación, como si desde siempre, desde antes de nacer incluso, sólo por el hecho de pertenecer a su familia estuviera ya orientado hacia la federación tenística. Y continuando con el juego de palabras: el otro nombre de su país es la confederación helvética. En Roger, alias *Su Majestad*, todo es esdrújulo.

Nació en Basilea el 8 de agosto de 1981 y se convirtió en humano en Australia, el domingo 1 de febrero de 2009.

Ayer se quebró la cáscara que lo contenía y las cuencas de sus ojos canalizaron la primera secreción transparente y salada que le salía del alma. La catálisis la provocó la red que dividió la escena en dos mitades idénticas. Frente a él, una figura que repetía sus movimientos: 85 kilos y un metro y 85 centímetros, ni un gramo, ni un milímetro de diferencia entre ambos. Cuando reconoció el reflejo de su semejante al otro lado supo que asistía a su nacimiento natural.

Hace 27 años, un laboratorio suizo llevó a cabo un experimento inaudito: creó un androide guapo, elegante, con estilo y preciso. Lo programó para que fuera imbatible con una raqueta en la mano derecha.

Esta mañana, Roger mira las plantas desde su terraza: tiene arrugas y la manicura de sus manos comienza a descascarillarse. Ha perdido el Open pero siente el sol en la cara y disfruta el zumo de pomelo. Sobre la mesa de cuarzo hialino, la tarjeta de felicitación de sus artífices científicos. Nunca imaginaron un triunfo similar.

SALTO GENERACIONAL

Otro cumpleaños juntos mi nieta y yo. Sé que si digo aquello de “cuando yo tenía su edad” suena a cliché, pero en mi caso viene a cuento recordar aquellos días.

A los 12 años en cuanto cantaba el gallo -parece anacrónico o africano, pero era aquí y no hace tanto- abría los ojos, saltaba de la cama y subía corriendo hasta el palomar para recoger mis pantalones, los únicos, que había tendido allí la noche anterior. Se veía todo el prado, a veces tan húmedo, que me vestía con la ropa aún mojada.

Beberme la leche tibia que acababa de ordeñar me hacía sentir la persona más afortunada del mundo.

Antes de las seis de la mañana me ponía en camino, andaba una hora -descalzo- hasta la cantera donde de sol a sol -otro dicho también muy repetido- acarreaba piedra.

Regresaba viendo el camino del revés. Junto a la casa lavaba los pantalones en el río, los tendía en el palomar y cenaba un tazón de pan remojado con leche. Mi madre me guiñaba un ojo y me acariciaba el pelo. Yo le regalaba una pirita, una mariposa o cualquier hallazgo colorido o brillante recogido durante el día. Ella me seguía besando como si fuera un bebé. Siempre tenía las caricias y el humor bien dispuestos.

Fue una infancia feliz. No sufrí ningún accidente en la cantera y mi madre no me dejó huérfano. Sigue a mi lado con casi 85 años. Ahora me sonrío -de la misma manera- , mientras releo lo que voy escribiendo me acaricia la mano.

Mi nieta ve en la televisión una serie juvenil ambientada en California. Desde lo que contaba antes del palomar, el río y la cantera han pasado 50 años. Esta mañana estuvimos en unos grandes almacenes, también los únicos, como aquellos pantalones, y me llevó directamente hasta un entorno completamente rosa chicle: con estanterías de aluminio y cristal asalmonado para comprarle su regalo de cumpleaños. Era la sección *Paris Hilton*. Me enseñó el bolso de charol que codiciaba y vi de soslayo en la etiqueta una cifra escandalosamente injusta.

Me resultó inevitable hacer el cambio, no sólo de moneda sino de época. Calculé automáticamente que aquel trozo de plástico equivalía a años de jornadas inhumanas padecidas por mi madre y por mí.

Mi nieta gemía; quería darme en un momento toda la lástima que nosotros dos nunca dimos. Añadía entre sollozos que todas sus amigas ya lo tenían y que además le hacía juego con el resto de accesorios de la marca que sus padres, mi hijo y mi nuera, le habían ido regalando.

Se lo compré, sabiendo que lo llevaría colgado en bandolera esa tarde, que se lo miraría al pasar en todos los espejos, que el hechizo duraría tal vez todo el fin de semana, que se lo enseñaría orgullosa a alguna otra niña hasta que el aura efímera del bolso se extinguiera. Una vida breve tras la que dormiría el sueño eterno en el fondo de algún armario confundido con sus otras decenas de desproporcionadas pertenencias.

Cuando asentí frente a la dependienta mi nieta comenzó a saltar, como la niña que era a pesar de sus disfraces de mujer neoyorkina, en invierno y californiana en verano.

Los ojos de la vendedora me recordaron la profundidad del río, sus secretos, surcados por barbos bajo las plantas acuáticas. Acaricié la pirita que llevo siempre en el bolsillo pensando en lo cambiante que es la vida en como todo puede ser diferente en cincuenta años o en un instante.

BIBLIOMULA

Desde tan lejos de Los Andes, bibliomula suena a sucedáneo de biblioteca, a seudobiblioteca incluso.

Sin embargo, la bibliomula es la manera a través de la que algunas aldeas acceden a los libros. Contoneándose sobre la cordillera, expuesta al mal de altura en este recorrido tan escarpado, la mula transporta dentro de sus alforjas: dramas y comedias, oriente y occidente, y otros viajes dentro del suyo como si fueran cajas chinas o marcos encajados unos en el interior de otros.

Cuando estos libros se abren surgen de ellos tantos personajes y paisajes que la mula debe esperar unos días a que se recojan de nuevo después de tanto exhibicionismo para llevárselos de regreso.

La peculiaridad de estos libros es que huelen a pelo, a sudor, a excrementos. Apestan y por ello se perciben como seres vivos, como animales palpitantes, algunos, los encuadernados en cuero directamente como mamíferos.

A mitad de la lectura vibran y saltan de las manos. De la misma manera se puede leer a una mula: escrutarles los ojos para ver todo el trayecto recorrido en ellos y escuchar conversaciones a través de sus orejas. El tiempo se almacena en ellas. La forma en la que mueven la quijada o rascan sus patas contra el suelo es muy significativa.

Son animales híbridos y casi siempre estériles. Cuando nacen no hay ninguna diferencia entre ellas y un libro.

(B)AZARES

Hay una cultura llena de sonrisas que ha montado bazares en todas las esquinas del mundo. Si alguien entra en uno, es difícil que salga sin nada porque constituyen un resumen de todo lo fabricado por la mano del hombre durante lo que ya dura la historia de la humanidad.

En algunos países hay ministerios que mediante sus inspectores velan por la salud. Denuncian la venta de algunos artículos: objetos tragables que crecen desmesuradamente en el intestino, prendas que destiñen tinta tóxica, agua de plancha que cría plantas no catalogadas, muñecos que cobran vida, impermeables permeables, imperdibles perdibles, cosméticos con plomo y tantos como clavos en las estanterías.

Cada vez hay más enfermedades raras y personas que mueren sin causa aparente. Toda la explicación está en los bazares, son el arma multicolor, floreada, sedosa, brillante con la que un imperio milenario ejecuta lentamente el exterminio de los occidentales. Cuando vacíen de ojos oblongos las tierras de Europa y Norteamérica falsificarán marcas chinas y los mangas tendrán los ojos como guiones tipográficos.

ÓNIX

Se muestran dos ratones de laboratorio de la misma edad; uno parece hijo del otro: cero canas, el mínimo tejido adiposo, pelaje brillante y ojos de ónix.

La científica responsable de este logro es entrevistada en el *Telediario*. Es joven, vibrante, su camisa blanca refulge, tiene las manos hábiles y gráciles, es delgada y sonríe continuamente.

El ratón eternamente joven es la prueba esgrimida. No lo ha llevado al estudio pero aparece en un monitor gigante detrás del presentador.

La dosificadora de juventud comienza su explicación. Utiliza términos complejos como división celular, enzima Telomerasa ... palabras que se diluyen dentro de cualquier cultura general pero que se concretan rotundamente en el mamífero ojos de ónix.

Flota sobre el plató la pregunta que parte a la vez de la mente de cientos de miles de espectadores: la posibilidad de la aplicación de esta técnica en humanos.

La científica responde que los ensayos comenzaron cuando se consiguió aislar una molécula lineal de ADN y replicar sus telomeros o extremos. Y concluye que ella misma, sin ir más lejos, ya ha cumplido los 800 años.

El presentador sonríe y mira al regidor. En el guión a veces las preguntas se encadenan atisbando las respuestas, pero después de ésta ya no hay continuación posible. La cámara mantiene el plano medio. Ambos asienten y siguen sonriendo indefinidamente. El tiempo se congela en la emisión en directo, como otra forma de inmortalidad técnica.

DESALINIZACIÓN

La figura retórica de la *Antífrasis*, que en griego significa “decir lo contrario”, consiste en atribuir a elementos del reino animal, vegetal o mineral cualidades opuestas a las que realmente poseen.

Cuando una frase se enuncia en un aula de instituto sus cuatro paredes le otorgan una cantinela peculiar. Da igual lo que se cuente, el objetivo es siempre despertar al auditorio.

Como ejemplo cité la expresión “lágrimas dulces”, hoy en día ya un cliché, pero realmente innovadora cuando se sumergían en ella algunos endecasílabos del Siglo de Oro.

Les hablé de Francisco de Aldana, quien no murió a causa de los males derivados del quehacer poético sino porque lo mató un soldado del ejército contrario, fuego enemigo, en la batalla de Alcazarquivir, en el camino de Fez.

Aldana cultivaba el pasatiempo de la lírica como contrapunto a su vida épica. Dos versos de su autoría:

“Y él, soltando de llanto amarga vena,
della las dulces lágrimas bebiendo”.

A renglón seguido les hablé de mi patología ocular: de que también mis lágrimas son dulces pero como resultado del proceso de desalinización al que las someten las dos plantas desaladoras que tengo instaladas en cada glándula lagrimal que extraen el cloruro de sodio de mi solución acuosa cambiándoles el sabor.

Les di más detalles sobre mi enfermedad: que la desalación es el único remedio para una rara alergia que padezco y que hasta la fecha del injerto protésico sólo aliviaba la administración continua de un colirio fabricado por un laboratorio artesanal de Barcelona, difícilísimo de encontrar porque su fórmula era secreta y su distribución muy limitada.

En mi organismo la sal de las lágrimas pertenecía al pasado gracias a esta técnica.

Supé que había vida en el contracampo porque varios globos de chicle explotaron al unísono.

Les dije que ahora cuando lloro confundo las lágrimas con el sudor.

Con su indiferencia me colocaron fugazmente en el mismo lugar que a Francisco de Aldana. Aunque yo no empuñaría las armas a pesar de que mi vida era desconsoladoramente antifrástica.

DESTINATION KNOWN

Cualquier papel o cartón es válido para señalar la página del libro en la que se interrumpe la lectura: etiquetas, postales, estampas, tickets de compra, tarjetas de visita, post its, etc. Los más pulcros se sirven de un marcapáginas ad hoc. Abundan los artesanales, el subgénero de los vendidos en tiendas de museos y los impresos con fines publicitarios por editoriales y librerías.

De la misma manera, un libro puede marcar también nuestra vida. Da escalofríos pensar en las hojas encuadernadas bajo nuestro lomo. No conocer el número aumenta la intriga.

Un día leemos en una agenda de hace varios años, una línea que ya contenía nuestro destino guardado, sin que nosotros lo supiéramos. Apenas inaugurada ya escribimos en un trasbordo de datos inconsciente, dónde acabaríamos viviendo, dirección conocida entonces como la casa de otra persona, a quien acabaríamos amando. Da escalofríos pensarlo. Estaba allí, en la buhardilla, entre libretas de notas, entradas de conciertos, posavasos y seudopoemas de nuestra autoría. En ese momento comprendemos de golpe que tras tantas peripecias, andanzas, indecisiones, titubeos, sucesos, quebraderos de cabeza y de corazón, todo estaba ya escrito y tal vez decidido en ese directorio que es el cuaderno que se convierte en el marcador de las páginas de nuestra vida.

Con asombro nos cercioramos de que en la portada tiene una única y definitiva inscripción: un número de cuatro cifras; el año desde el que esa agenda marcapáginas de nuestra biografía conocía el dato.

Lo más estremecedor es que fuimos nosotros mismos quienes lo escribimos.

AUTOBIOGRÁFICO

El motivo de que éste sea un relato cruento es porque narra la causa de mi ingreso en prisión. El incidente ocurrió hace apenas un mes. Fue durante una rueda de prensa en la que hablé sobre mi novela *Aligátor*: la historia de un superhéroe con piel de lagarto, originario del mar de la tranquilidad en la luna, con ojos caleidoscópicos y como corresponde, con todo un repertorio de superpoderes: visión de rayos X, láser en los dedos, velocidad de crucero de 305 kilómetros y muchísimas más prestaciones.

El libro se vendía muy bien. Cada palmada del editor en mi espalda significaba 10.000 ejemplares más fuera de sus almacenes.

Mi ocupación principal era ir de feria en feria, firmar libros con una de mis 20 dedicatorias tipo. Tanto más sugerentes cuanto más crípticas.

Todo formaba parte de una coreografía o engranaje perfectamente ajustado hasta que sucedió aquel incidente y el juez decretó mi ingreso inmediato en prisión como si fuera un sujeto peligroso.

. Estábamos bajo un toldo jaima instalado en el centro de unos jardines nazaries y aromáticos de una agradable capital de provincia. El centro de la tela lo ocupaba un ventilador de madera enorme. A mi espalda un póster de diez metros cuadrados reproducía la portada de *Aligátor*; de sus ojos salían fogonazos y sobre su espalda se recortaba un horizonte de rayos ultravioletas. Al fondo, una selenita guiñaba un ojo.

Todo iba muy bien hasta el momento fatídico en el que un periodista o sucedáneo levantó muy dispuesto y con una energía inusitada su mano derecha para preguntarme si la novela era autobiográfica. No pude soportarlo y le disparé. Y no hay nada más que contar.

GUDRUN

El fotógrafo de National Geographic llena el rollo (es 1977) de géysers, fiordos, glaciares e incluso cráteres de volcanes más o menos activos. Si se juntan las piezas del puzzle aparece Islandia.

Para la portada de la revista eligen, sin embargo, el rostro de Gudrum Ingebörg; tiene 9 años y vive en una granja a 35 kilómetros de Reykjavik en el sur de esta isla a veces tan helada.

Gudrum pasa la mayor parte de sus tardes a lomos de Erik, su caballo rojo.

Esa edición de la revista llega hasta el D.F. Hasta la casa azul de la Colonia Nueva Anzures donde vive el doctor Víctor Alazán con sus dos hijos huérfanos de madre.

El pequeño, Álvaro, de 11 años ve a la niña islandesa en la portada del National Geographic y le dice a su padre que cuando sea mayor se casará con ella. El doctor sonríe y le regala la revista. Álvaro arranca la portada y la clava con chinchetas frente a su cama.

Después de 20 años y múltiples mudanzas e incluso derribos, Álvaro decide que ya ha mirado bastante a Gudrum, así que arranca la fotografía de la pared, la mete cuidadosamente en una carpeta de plástico transparente y la coloca sobre su ropa en la maleta.

A la mañana siguiente aterriza en Keflavic, aeropuerto internacional y comienza a bordear la isla por el contorno sur hasta la granja de Gudrum.

Ella se acaba de levantar, desayuna, y desde la ventana ve a las ovejas y a los caballos hijos de Erik.

Álvaro le muestra la fotografía y le cuenta en inglés que su rostro era la última imagen que veía cada noche y la primera de cada mañana. Gudrum sonríe mejor incluso que en la portada de la revista.

Ahora tienen un restaurante mexicano en el centro de Reykjavik. Gudrum visitó Acapulco para casarse con Álvaro y ahora es profesora de salsa.

AGUJERO DE GUSANO

La torre Agbar seccionaba en dos la luna trasera rumbo a Sarrià. La afabilidad del taxista me reconfortó. Su discurso sobre lo que él llamaba la modernidad, para referirse a las nuevas construcciones de estética radical, lo hilvanaba con las peripecias vividas por su familia en una casa de Nou Barris, construida en la posguerra. Aquello era como vivir a la intemperie, decía. Su único sistema de calefacción eran unos platitos de alpaca en los que quemaban alcohol repartidos por las habitaciones Pero eso sí, se podían recorrer los pasillos en bicicleta, añadió riendo. Citaba como referencia de su ubicación Torre Baró, un viejo chalé abandonado en el 36, y las vistas, lo mejor, engrandecidas día a día, el panorama de toda Barcelona: el cementerio de Montjuïc, las torres de la central térmica de Sant Adrià, El Poble Nou, la Villa Olímpica y el rascacielos dónde me había recogido.

Pronto se me disipó el frío portuario que me había calado en aquella isla de la avenida Diagonal. Mientras me hablaba vi el Bar Balmoral: sus azulejos azul cobalto, la barra de mármol, los sifones expuestos en las estanterías. Después, ante nosotros, aparecía como una garganta que exhalaba humo el túnel de Vallvidrera. El taxista hablaba de cuando estaba en obras, de la fábrica de hormigón a la que llegaban incesantemente camiones de cemento, arena y piedra, y que ahora estaba abandonada. En apenas catorce años el deterioro era irreversible, sus naves yacían envueltas en hiedra y herrumbre.

Elogiaba los túneles, le maravillaban aquellos ingenios tubulares que escindían montañas. Cada vez entendía al taxista con más dificultad. Lo atribuí al ruido de los ventiladores. Delante de mí, ajustado con remaches al asiento de escay, un aviso sobre un cartel oxidado: "No smoking". Fuera del túnel, esperaba la misma niebla, una nube opaca dentro de la que sólo resaltaba un indicador bilingüe de color naranja: English Channel / La Manche. El anuncio de un canal de televisión de documentales, tal vez.

Las chimeneas agujijoneaban el cielo acolchado. Entre la guata gris, sus franjas con letras

estampadas formaban los nombres de marcas muy poderosas. Se imbricaban el humo y la niebla. Hollín y azufre. 'Smog' dijo el taxista. En la radio sonaba In London de B.B. King. No reconocí las luces a la salida del túnel y me costaba concentrarme en la conversación: el taxista había cambiado el tono, su dicción era distinta. Me aturdí. Nada sé del resto del itinerario hasta que noté que frenaba. La ventanilla enmarcaba la base del enorme obelisco de vidrio y cemento, donde me había recogido. No entendí por qué estaba en el mismo lugar que al principio. A pesar de eso, decidí bajar, necesitaba desentumecerme. Chasqueó la lengua cuando vio los euros. Tal vez le recordarían sus titánicos esfuerzos para acondicionar la casa de su familia en Nou Barris. Dejándome llevar por mi suposición le felicité por aquel logro. Sonrió aunque no sé si llegó a entenderme.

Miré hacia arriba, hacia la cúspide imponente donde terminaba la piel art nouveau, la elegancia gótica de aquel edificio. Nunca había visto su reverso, la luz recortaba otra perspectiva distinta.

Trasasé las escamas tornasoladas pero tampoco reconocí el vestíbulo. De repente, comencé a girar sobre mis pies: un cúmulo de datos agolpados a una velocidad vertiginosa, palabras escuchadas alrededor y escritas sobre las paredes, unas destacaban sobre todas las demás: Swiss Re, una compañía de seguros, el edificio era la sede de sus oficinas centrales.

Cogí con fuerza el maletín, el foso del último bastión que podía resguardarme de lo inexplicable y tracé aquellas líneas: la Diagonal, Sarrià, los túneles de Vallvidrera, el Canal de la Mancha y una evidencia escalofriante: estaba en Londres. La modernidad también construye bosques donde extraviarse.

Una teoría decimonónica, la de los agujeros de gusano, reencarnada ahora en mí. En mi mente la misma silueta de dos edificios prácticamente idénticos, los dos extremos de un

bucle. Clavados dentro del cráter de subterráneos infinitos comunicados a través de excavaciones que habían socavado la cáscara de manzana del globo terráqueo. Sentí vértigo. Me dejé caer en una de las lujosas butacas doradas de la selva de ficus que poblaba el hall. Me abaniqué con un folleto de la aseguradora. El descubrimiento de esta vía de comunicación era incomunicable aunque se tratara de un acontecimiento extraordinario, no estaba dispuesto a someterme a la incompreensión ajena e incluso al estupor ante mi locura.

Pero cuento con una coartada, un atajo, el que ahora utilizo, que me permite hacer pública esta escalofriante experiencia y salir indemne: la literatura, el territorio de lo imposible posible.

La Estatua de la Libertad también está duplicada. Verla en París produce una sensación de extravío, de descontextualización. En la lejanía mira de frente a su imagen aumentada en Nueva York. Tal vez sus túnicas oculten otras galerías y los taxistas lo sepan.

LUCHA DE GIGANTES

“Se me viene a bocanadas la tristeza con mis muertos de entonces, cuerpos acumulados como torre macabra. Escucho los compases que aún hoy hacen vibrar a una generación entera, la mía: loca de ganas de volver al Rock Ola o al Marquee.”

Estrella de Diego. “La chica de ayer”. *El País. Babelia*. 06.06.09

La mili, el cuartel, tod verde oliva, nada que ver con su casa tan lujosa. Con sus otros seis hermanos, una casa burguesa que parece descrita por Delibes. El médico leonés que regresa, que cuelga en la percha de la entrada su maletín y la gabardina, que sonrío de no tener que ver más huesos rotos.

El niño Antonio que bautiza a su juguete preferido Uhu-helicóptero y lo hace girar y lo llena de pasajeros.

La chica de ayer es la que ya no está, porque ayer significa tiempo irrecuperable, imposible la moviola, imposible rebobinar.

Sabe que creció en calles mojadas, como cualquier calle, de cualquier ciudad, el abnico sigue siendo amplio demasiada ancha la horquilla, demasiadas chicas posibles. Cuando la encuentre será de nuevo ayer, el día en el que aún no había muerto.

Otra pista: es una chica triste, llora con frecuencia modulada. Es una visión enmarcada en una ventana. Un escaparate o una vitrina que no se puede atravesar, ella juega en el jardín pero al otro lado. Gritó una noche para llamar su atención, que lo cubriera con sus flores aunque estuvieran atadas con cintas y mensajes.

La chica de ayer se ha convertido en la de hoy, ha revelado su nombre, no es Marga, compañera durante 3000 noches, sino muerte.

Cuando el encuentro se produce uno de los dos desaparece.

Demasiado tarde para comprender. Mi cabeza da vueltas persiguiéndote

El plan sería bañarse juntos en un océano de sol inundado por la cama y por la noche ir a un pub en el que suenen canciones como conjuros que hagan posible que ella sea accesible, real. ¿Qué sitio es ese? ¿Existe?

Detrás de una puerta de hierro, Antonio necesita bocanadas de aire con que emerger de las sombras, hasta que al fondo vuelve a ver el paseo de la alameda de Valencia y a ella que llega desde el puente del real y se acerca al cuartel y se queda quiera esperándolo bajo su ventana y una de dos si antonio baja y se va con ella y llegan a la Malvarrosa, ese lugar triunfo, no hay regreso a Madrid, no hay noches sin fin, ni heroína ni actuaciones en Rock Ola, ni grupo, la mano de ella que huele a flores silvestres o a dalias y a amaranto y Antonio que toca la guitarra en las fiestas con los amigos, cuando se emborracha y se pone romántico, Antonio que no baja, que se queda sentado en la litera imaginándola más que viéndola y que termina la mili, vuelve a Madrid, a la vorágine, a los tiempos movidos y agitados, guitarreo, alcohol, buhardillas, vinilos por el suelo, cuadros sicodélicos, casas medio en ruinas, bares a deshoras, otros rumbos y la chica de la alameda evocada, especjismo que se superpone sobre otras pero que nunca reaparece porque sabe que cuando lo haga será definitiva.

Todo el mundo se la recuerda, es real en las palabras de otros que la dibujan, le atribuyen rostro, forma, pero Antonio sabe que quienes la conocen no están allí.

Cuando la chica de ayer se vuelve presente, atraviesa firme la puerta de hierro, entra a la habitación, ignora a sus hermanos, a sus padres, a su primo incluso, lo mira a los ojos y se lo lleva.

Se cruzaron hace 32 años pero ella le dio cuerda. Dejó que se rindiera después de crear le regaló regalar.

Ahora sin tiempo las calles y plazas de todas las ciudades se juntan y esta alameda de Valencia, la ciudad que estudia anatomía de olas. se junta con una plaza que se llama antonio Vega. Quien le hubiera dicho que le pondrían su nombre.

Y él que nunca se atrevió a confesar como se llamaba su chica de ayer.

LOS HIGIENISTAS

La ciudad de Durazno, melocotón en castellano peninsular, está situada a 100 kilómetros al norte de Montevideo. En ella se ha descubierto un prodigio del siglo XIX: un inodoro de oro valorado en 700 mil dólares, al cambio de hoy (01/06/2010), medio millón de euros más 21.000 más.

Se sabe que el WC es de fabricación francesa y fue importado por un médico uruguayo que lo instaló en su casa hace 121 años, es decir, en 1888. Un palacete de proporciones megalomaniacas y acabados *filigranescos* frente a la playa del Sauzal que fue declarado patrimonio histórico y adquirido recientemente por la Intendencia para que todos los habitantes de Durazno pudieran visitarlo y disfrutarlo por apenas 80.000 dólares ya que nada se sabía del tesoro que albergaba: el retrete pintado a mano con motivos azul cobalto, tinta china de calamar y esmaltado con aceite de ballena.

Todos estos datos los ha aventurado un anticuario de allí quien ha solicitado además análisis oficiales a Francia porque el cronista de la ciudad cuestiona tanto su origen como su valor. Dice este último que se trata de un modelo inglés bastante común, basándose en la prospección de un amigo suyo, compulsivo coleccionista de sanitarios de nombre Sául Libidinosky. Según esta facción, el inodoro correspondería a la serie *Invictas* de la fábrica Johnson Brothers of Hanley Limited, seguramente de principios de siglo. En una rueda de prensa convocada en la capital y con la presencia de medios de comunicación de todas partes del globo, Libidinosky, en compañía del cronista afirmó que el modelo es una evolución de otros anteriores como el *Progress*, de 1898 y el *Puritas*, de 1894 y que el dibujo no es más que una calcomanía cerámica, técnica conocida como *transfer* porque se transfería desde su soporte original a otra superficie. Era muy usada en palanganas y jarras de la época. Y que ni de lejos tiene el astronómico valor que le asigna el restaurador y marchante de antigüedades de Durazno.

La pelea -de momento, dialéctica- continúa. Desde un medio de prensa nacional; el

anticuario asegura que por aquel entonces no existían las calcomanías.

Dos días después, en otra comparecencia pública, los otros dos: Libidinosky y el cronista oficial de Durazno, (dos contra uno) sostienen lo contrario: que entonces se conocía como tal a los dibujos que mezclaban acuarela con trementina. Una técnica que nació pareja a la invención del papel en China y que la trementina no era más que resina destilada usada como fijador.

No se sabe aún por qué los únicos análisis que se considerarán determinantes son los que emita el museo del Louvre. Aunque el intendente malhumorado ha zanjado de momento el asunto diciendo que el error ha sido meter mano en el wáter, como obra de arte, se entiende, y difundir la información antes de estar en posesión de la certificación.

Aún existe una tercera vía que considera que puede tratarse de una imitación realizada después de la segunda guerra mundial. También sostenida por Libidinosky en un intento de rebajar todavía más su valor.

Sin duda, el asunto resulta tan llamativo por la naturaleza del objeto pendiente de tasación. Cualquier cuadro, escultura o mueble nunca alcanzaría semejante protagonismo. En mi opinión, Libidinosky pretende denodadamente distraer la atención con afirmaciones como la anterior e invita a los periodistas a fijarse en otros aspectos de la mansión como el valor histórico e historiado de su decoración, sus paredes embadurnadas con pigmentos naturales y el abrigo intermitente de hiedra que rodea todo el caserón. Además sospechosamente repite cada tres frases que él no es un comerciante.

Fuera de estos objetos que enumera el coleccionista de inodoros en el palacete sólo quedan algunos muebles desvencijados, lámparas de araña incompletas, con los reflejos alterados y cubistas, cortinas de cuentas que mueve el viento y un patio interior con plantas oreja de elefante y azulejos sevillanos hasta media altura, la mesa familiar aún en pie y espejos en una sala de baile que transmite tal desolación que parece que la música huyó de ella apresuradamente.

Sólo le falta, en una desesperada maniobra de distracción, convocar otra rueda de prensa para decir que además, tan decadente y evocador escenario, oculta un crimen.

Frente a los frascos abandonados en la alacena, Libidinosky sigue ilustrándome con varios aforismos de su filosofía de lo material: cuando cualquier persona puede pagar lo que quiera por algo no se puede decir que algo tenga precio. Filosofía de lo material. .

Y comienza a hablar de

Dice que su único valor radica en que su uso retrata a su dueño como un precursor. Y lo inscribe dentro del movimiento de los higienistas, cuyo epicentro estuvo en el Río de la Plata cuando las clases altas compraban objetos de último diseño europeo que consideraban pasados de moda en cuanto atracaba en el puerto el barco que los transportaba.

Pero después de las epidemias de fiebre amarilla y cólera de principios de siglo XX hubo un regreso al campo, ya que la vida en las grandes estancias se consideraba más saludable que la de las urbes y al mobiliario de vanguardia añadieron los sanitarios como medida profiláctica.

Con el discurso sobre los higienistas, Libidinosky sólo pretendía desviar el interés, hasta que un gacetillero certero y contumaz le espetó sin contemplaciones la cuestión sobre el preciado material, le dijo que si el hecho de que fuera de oro macizo lo volvía más aséptico.

(INCOMPLETO)

ZAPATILLAS ROSAS

La fotografía del ujier enfermo al que suplantaría durante la cena de gala se la tendieron dentro de un sobre tipo manila en la recepción del hotel. Quien la imprimió a máxima resolución desde el correo electrónico corporativo, escribió con rotulador grueso su nombre preguntándose seguramente si el huésped era detective privado, inspector de policía o sicario. Era más difícil pensar que esa persona emergería desde dentro de él o sobre sí mismo. Esto no se le hubiera ocurrido a nadie.

Inmediatamente fue a comprar todo lo necesario para el cambio de identidad; una labor que como tenía para él un cariz indiscutiblemente artístico quería abordar como el profesional de la interpretación que era.

Aunque en el estudio de doblaje sólo impostaba y modulaba adecuadamente la voz, también era capaz de cambiar de aspecto completamente. En el vestidor y con la fotografía del ujier enfermo cogida con un imperdible sobre su camisa, se tintó el pelo del mismo tono, cambió el dibujo de sus cejas, se incrustó unas lentillas y añadió al conjunto un bigote un tanto trasnochado. Lo demás lo dejó a merced del uniforme, la capa que todo lo tapa.

Con lo imprescindible puesto y lo demás en una mochila, cogió el metro hasta la parada de Ópera y en veinte minutos llegó a la puerta de servicio del Palacio Real. Después de dejar su ropa de calle en una taquilla, se colocó anticipadamente en su puesto tal como le señaló Milles en un mapa del recinto, sin cruzarse ni hablar con nadie. El ajetreo precedía la aparición de Naruhito, príncipe heredero de Japón: alfombras interminables, en tonos rojos y verdes cosidas a las anillas del suelo, relojes en hora, platería brillante, tapices con escenas bucólicas, como si la máquina del tiempo se hubiera detenido en la estación temporal siglo 18.

Cuando se enfundó el uniforme de una talla menor a la suya no tuvo demasiado problema salvo por los zapatos torturantemente estrechos y achatados en las puntas. No eran de hierro incandescente pero sobre sus nudillos tenían el mismo efecto. *Yaciendo de pie* ante la columna dórica porque no podía soportar más el dolor: muerto en vida.

Gerard Yantil sentía su espalda endurecida y rígida como un caparazón de tortuga. Desde el zaguán se veían los tapices colgados, dos figuras de porcelana *prelladró* colocadas simétricamente a los lados de un reloj rococó y una inscripción con las palabras de la primera piedra en los fundamentos del Palacio Real: "Para la eternidad". Le sonó a castigo inacabable.

Gerard Yantil pensaba en las mujeres que llevaban tacones de aguja insertados en zapatos mínimos y puntiagudos y que a pesar de eso caminaban gráciles y sonrientes. Recordaba una carrera de cien metros lisos con tacones de más de nueve centímetros y sin plataforma que vio en *Discovery Channel*. También se exigía como equipamiento obligatorio: minifalda y maquillaje. Tuvo éxito la convocatoria porque hasta hubo un numeroso público entusiasta y sádico. El premio era un cheque para ir de compras, no podía ser de otra forma, por valor de 3.000 Euros.

Piensa en que el sueldo de aquella jornada lo cobrará él, ese es el acuerdo al que llegó Milles con el ujier enfermo al que sustituía. Era justo. A la mañana siguiente se daría una vuelta por las tiendas de mangas y muñequitos clones de personajes de videojuegos. Así se llevaría un *souvenir* japonés de Madrid.

Gerard Yantil miraba implorante la cornisa sobre su cabeza deseando que se desprendiera sobre él, lo matara y acabara aquel suplicio. Aunque si la suerte propiciaba que aquello sucediera, todo se descubriría, a su amigo Milles lo despedirían y él tendría muchos problemas a pesar de la obra de arte que había llevado a cabo con la caracterización.

870 ventanas y 240 balcones abiertos a la fachadas y al patio. Maderas de las Islas occidentales, archipiélagos conocidos actualmente como Antillas y Bahamas, pero sólo en los marcos para que el palacio no se vuelva a quemar. Y poco más en que entretenerse: la escalera imperial que conduce al Salón de baile, los ojos llenos de lágrimas al imaginarse bailando con aquellos zapatos.

Por los sonidos que llegan del interior sabe que los cerca de 200 invitados ya están sentados ante la mesa de 80 metros de longitud.

No puede más. Con pasitos cortos de geisha, alternados con saltitos llega hasta el

baño para el servicio, en un hueco lateral de la escalera. Da un resoplido de alivio y entra en uno de los compartimentos contrastadamente moderno, funcional, de aluminio y cristal esmerilado. Como si la nave palacio real estuviera ahora detenida en la estación temporal siglo 21.

Anticipa el instante en el que se siente sobre la tapa del *water* y se despoje de sus instrumentos de martirio, se le ocurre que incluso puede sumergir los pies dentro de un lavabo lleno de agua templada. Sólo imaginarlo le hace reír aunque brevemente porque de repente, una mano se coloca sobre su cabeza y empuja la puerta del baño con la pretensión de entrar detrás de él al mismo compartimento. Está tan atemorizado que no se atreve a girarse. Está de espaldas a la puerta y nota otra mano sobre los galones dorados, por la frucción entre las telas sabe que esa otra mano también está enguantada. Cuando la puerta se cierra detrás de ellos, la otra mano hace saltar el botón de su pantalón azul marino como un resorte y las dos filas de dientes de su cremallera se separan. Los castillos y los leones bordados en la chaqueta no le protegen ni le sirven de refugio. Sabe que la mano anónima se ha dirigido a la boca de detrás de él y se ha arrancado el guante. Gilda incógnita y sin música No sabe quién es, sólo que huele a canela y otras especias de las Indias occidentales. Ahora lo está calibrando. Cuando intenta darse la vuelta, unos botones con el emblema de patrimonio nacional le tapan los ojos. No hay dos hombres iguales. Piensa la camarera cuando mide la anatomía del falso y arrepentido ujier.

Ella ríe, cada vez más, a carcajadas. Gerard le tapa la boca besándola, mientras la tiene agarrada de la lengua ella comienza a desvestirse frenéticamente. Todo parece una fantasía de aficionados al manga porque a la camarera sólo le quedan en pie la cofia, las medias y unos senos tan enhiestos y turgentes que parecen semiocultarla. Gerard la contempla sentado ahora en la taza del *wáter* desde la escueta perspectiva que le proporciona el metro y medio de espacio hasta la puerta del habitáculo.

La única estupidez que se le ocurre articular a Gerard Yantil es que él no es él y ella le dice que le da igual quien sea, dónde viva y a qué se dedique. Nombra soezmente lo que quiere, vuelve a reírse mientras se enciende un cigarro que posiciona con gran habilidad en la comisura de su boca exageradamente carmín, y sube a horcajadas sobre

los muslos de Gerard, todo al mismo tiempo.

La camarera comienza a balancearse como si estuviera en un columpio. No puede aumentar la altura pero sí la profundidad. Te amaré hasta los postres, le dice y Gerard no sabe qué contestar.

Con un pie se saca el zapato del pie contrario y ese alivio, lo transporta y hace que de repente y sin saber de donde, le llegue un orgasmo descomunal que resuena por todo el baño debidamente insonorizado.

Ella lo mira reprobatoriamente, con odio, se incorpora y arrodillada le dibuja en su base un anillo de carmín rojo a modo de marca mágica porque el trazo circular tiene la virtud de improvisar una columna dórica ante ellos. Ella sonrío y aplaude y vuelve a tomarlo como eje hasta que se da por satisfecha varias veces.

Gerard la mira y entre balbuceos alucinados ella entreoye la palabra favor. Ella dice que no va a pagarle, que hasta ahí podríamos llegar, menuda humillación. Él le dice que sólo necesita unos zapatos que no le estrangulen la circulación como si fueran anillos sobre sus venas. La energía sólo le llega para pronunciar las tres primeras palabras.

La camarera le acaricia la cabeza como si fuera un niño de preescolar y comienza a contonear ante él unas ancas de potra. Cada movimiento la aleja hacia el fondo del pasillo oculto tras la escalera y la acerca a la inverosimilitud de Gerard que sigue en trance con la cinturilla de los pantalones azul marino del ujier enfermo rozándole los tobillos.

Lleva a cabo la maniobra del lavabo. Unos diez minutos después un eco atronador de tacones y dominio golpea las paredes sin que el entelado consiga amortiguarlo. La camarera se vuelve real y le entrega una bolsa, le dice que son de una compañera y que las cuide. Gerard no entiende el femenino de “aquí las tienes” porque tal vez no entiende nada de lo femenino y sigue mirándola con su cara de pez boqueante por la falta de oxígeno.

Los postres, dice ella y desaparece. El sabe que allí acaba la visión paradisiaca.

Cuando abre la bolsa de hipermercado y ve su contenido tiene que apoyarse en la pared. Dentro refulgen unas zapatillas de deporte rosa chicle con lentejuelas, cordones

plateados, suelas de goma con brillantina y a cada uno de los lados dos ventanitas de tul a las que asoman unas flores de loto fucsia encendido y plagadas de canutillo. Sorprendentemente son de su número y tan galácticas e irreales como la camarera. Moquea y se sorbe los mocos. No puede contener el llanto. Las lágrimas le anegan, vuelven borroso y líquido todo el entorno. El baño se convierte en un espejismo acuático. El espejo lo insulta: los pantalones arrugados sobre el suelo, las zapatillas en la mano y llorando. Con parsimonia comienza a recomponerse: primero el pelo, después los ojos, el planisferio de carmín que tiene sobre las mejillas, se abotona hasta el cuello y cuando se ajusta los pantalones a la cintura comprueba que no tiene la suerte de que los camales le cubran aquellas vergonzosas zapatillas.

A pesar de todo, vuelve a su puesto de esfinge impertérrita, de estatua ornamental inútilmente humana y los murmullos y trajines que proceden del salón de las columnas lo sacan de su trance hipnótico tan apropiado para el desempeño de aquel trabajo. Los invitados comienzan a desfilar. Ve sus espaldas sedosas, de cachemira, tafetán, alpaca, damasco que van descendiendo la escalinata exterior hasta los coches flamantes, de armadura de coleóptero.

Por fin atraviesan el zaguán los anfitriones junto con los homenajeados. Gerard Yantil se tensa aún más paralelamente al fuste de la columna dórica y en ese momento, como la segunda alucinación del día ve como el hijo del emperador del Japón, el príncipe heredero Hiro-no-miya Naruhito Shinno fija sus ojos de sol naciente en él, con lo que esto supone para los orientales. Una mirada fija, directa, inédita en aquel país y más todavía entre personas tan disímiles en cuanto a clase, continente, mentalidad y mundo en general.

Gerard Yantil nota como las gotas de sudor compiten en una carrera sin tacones con otros fluidos que no sabe de donde proceden pero que lo mojan igualmente. Tiembla. Naruhito se sitúa frente a él y le saluda con la reverencia tradicional, como si se inclinara simbólicamente ante el pueblo de Madrid. Los invitados rezagados aún, aplauden tal sencillez. El príncipe heredero dilata el gesto con su espalda en ángulo recto y de repente Gerard Yantil siente el respingo que da cuando sus ojos oblicuos enfocan en un plano de máximo detalle sus zapatillas rosa chicle cubiertas de lentejuelas y con las

flores de loto en relieve.

Contra todo pronóstico, el hijo del mandatario nipón se incorpora y sonríe; se salta el protocolo para imprimir titulares en las portadas y tenderle la mano a Gerard al mismo tiempo que lo invita formalmente y ante todos a conocer su país.

Con ese gesto, la teoría de los 6 grados de separación, también llamada el Oráculo de Bacon, según la cual cualquier persona del planeta está conectada con cualquier otra a través de una cadena de conocidos de no más de cinco intermediarios, queda refutada. Entre Gerard Yantil, el falso ujier, y Hiro-no-miya Naruhito Shinno, príncipe heredero de Japón, no hay ahora ninguna distancia.

Al fondo, los jardines del Campo del Moro abren el horizonte de este pequeño mundo.

LA INFANCIA DE LAS AVISPAS

¿Recuerdas el bosque de Fontainebleau? El Sena – Marne germinando los espejuelos de las flores que no crecían hacia la tierra, como las que tu maldito Baudelaire capturaba para inyectarles tinta y estamparlas sobre pliegos azufrados.

Demasiadas lágrimas aún por escribir.

La muerte de los viejos significa que han llegado a puerto, la de los jóvenes que han naufragado.

Aquí, en la sala, las botellas y sus sombras forman contraluces immaculados, o en extremo, simplemente transparencias; se filtran con tu materia carnal, teñida y manchada.

Sobre el mármol, tres bombillas crecen agriamente desde las semillas de alambre que las llenan; asoman con rabia los cables entre los resquicios del techo encalado.

La capucha del abrigo de cuadros escoceses me protege de ti. Una leve insinuación, un movimiento apenas perceptible y tu cuerpo me heriría abismalmente: no cicatrizaría jamás porque me desgarraría tu imagen que sería a partir de este momento el paisaje obligado ante el que seguir actuando.

- ¿Lo reconoce?

La voz sonó congelada, hecha hielo por esta absurda química con la que quieren conservarte, incorruptibilidad efímera, que no podrá resucitarnos.

Me alejé musitando esta frase una y mil veces entre mis pasos huecos, y las palabras se perdieron en la sala descomunal que te había contagiado su frío anonimato.

Te quedaste allí: escandalosamente falso.

Sólo puedo recordar tu cuerpo caliente, guarecido entre las simas y escondrijos de cada uno de mis rincones, ahora vacíos sin ti. Ahora todas nuestras simbiosis devienen estériles.

A través del patio irrumpe la luz, frenética; ropa tendida y el sol del mediodía ventilándose entre la carcoma de las pinzas.

El silencio entrecortado por el estallido de mis escalofríos:

-¡Betania...!

Mi nombre, lo continúas gritando desde detrás de tus pupilas muertas.

El tiempo se ha tragado la casa para engullir después tu vacío... Sólo me queda abandonarme ante la ventana, que se niega a mirar hacia fuera, vuelta hacia las habitaciones que desde siempre y todavía huelen a ti.

Mis labios palpitan, se encienden para resquebrajarse después, secos, afónicos.

Llegar hasta donde estás cabalgando águilas. Al final, tierra y mar confundidos.

Mañana, cuando le cuente nuestra historia al juez me prohibirán la poesía: atestiguar, testigo, testimonio, atestado... una etimología absurda para compromisos que no son reales. Sólo son pliegos que un burócrata desteñido, siempre el mismo, almacena en los archivos de la crónica negra. La cotidianidad de las derrotas eternas. Deberé ensartar mi relato limitándome a los posos agrdulces de palabras demasiado gastadas. Precipicios de lo que fue tu destino.

- ¿Podría decirme entonces, por qué le mintió al funcionario del depósito?

¿Recuerdas nuestros juegos? Yo aparecía de repente en el Liceo de la rue Saint Honoré. Irrumpía con decisión en la clase de ballet y provocaba con mis taconazos un alboroto disonante sobre el parqué. Le preguntaba al coreógrafo por Artemise.

- Mademoiselle, no hay ninguna niña llamada así en este salón.

- Pero, ¿qué día es hoy? – te preguntaba.

- Miércoles, mademoiselle.

- ¡Otra vez volví a confundirme! Hoy Artemise está en el catecismo, en el boulevard de la Concorde. ¡Qué desastre! Justo en la otra punta de París. Aurevoire, monsieur.

Cuando volvías a casa después de tu última clase en el Liceo me hablabas de la lunática que te interrumpió en Tchaikowsky y yo volvía a preguntarte:

- ¿Dijo miércoles, monsieur? ¡Mi pobrecita Artemise!

Necesitaba verte aunque sólo fuera medio minuto, sobre todo cuando atardecía. Ahora ya nunca llegará Artemise.

Ahora la madre de Alexander ocupa el estrado. Destaca entre el sobrio océano de grises como un glóbulo multicolor. Me resultaba simpática su exuberancia, sus carcajadas. Hoy no es ella, a pesar de que como siempre viste como una mariposa.

- ¿Cómo me quedaría este tono caoba?

Tú mirabas alternativamente a tu madre y a la modelo del Vogue. No pude

contener la risa cuando arrancaste la página y se la pasaste toda arrugada.

- Ya sabes lo que dicen de la belleza de la arruga –le contestaste y ella te golpeó con la revista riendo. Eras pura vida.

Vuelvo a sentir frío en las rodillas. Llevo la falda de florecitas malvas que estrené aquella mañana que almorzamos en Lyon. Desde el restaurante tu padre me señalaba el cráter abierto por un meteorito hacía miles de años.

- Menos mal que no cayó sobre el aeropuerto –dije guiñándote un ojo.

Y la letanía de tu padre sobre la necesidad de la cultura y nuestras carcajadas al fondo.

Me han traído otra vez al depósito.

- Esta vez asegúrese bien, mademoiselle. Debe firmar de una vez la declaración definitiva.

- Me niego a reconocerte, Alexander.

¡Betania! ¿Dónde me hubiera llevado aquel camino que no escogí? Tú, yo, pronombres que no cicatrizan. El mar te sugería lo sobrenatural.

- Lo sé, Alexander, lo sé.

EL LENGUAJE DE LAS AMAPOLAS

El lenguaje de las amapolas es un tipo de escritura superior, capaz de cifrar los sueños y representar a la vez la conciencia, que no es más que otro sueño pero controlado por los sentidos.

Este tipo de conclusiones me surgieron acompañadas por la imagen de unos acróbatas que evolucionaban bajo una cúpula azul. Las provocaba mi estancia –ya demasiado prolongada por diversos avatares- en Tesalónica. En principio fui para investigar en su museo paleontológico los fósiles de unos peces que aparecieron en el mar Egeo cinco siglos antes de Cristo. Mis indagaciones no eran biológicas sino que me interesaba el hecho de que unos organismos tan sencillos contaran con su propio lenguaje. Fui con la quimera de descifrar sus trazos buscando en ellos las letras de los sueños.

Me alojaba en un balneario lleno de plantas y cristaleras. Era una de las pocas extranjeras en la región y mis rasgos y mi nombre me delataban continuamente. Sé que el motivo de mi viaje es un tanto peregrino pero por algún extraño azar sabía que aquel lugar era dónde debía encontrarme. Confieso que me divertía escuchar las intrigas que despertaba entre los lugareños que tal vez, deduje, nunca vieron bucear a una mujer por la insistencia de sus paseos por la orilla esperando a que emergiera. También les sorprendía que consultara Bestiarios medievales porque los sentía escrutar las láminas a mis espaldas. También escuchaba cuchicheos cada vez que me encerraba en el salón de mosaicos del balneario para leer partituras al piano. Nunca pretendí aclararles nada porque desvelar lo que a ellos les parecía misterioso equivalía a caer en la trampa de borrar la única herencia que podía dejarles, la imagen única que ellos guardarán de mí.

A medida que mis investigaciones avanzaban me acercaba peligrosamente a las elucubraciones de algunos mitólogos, luchaba por no perder el rigor científico en aquel entorno onírico.

Mi único equipaje era el recuerdo de los campos de amapolas y unas palabras que escuché en la estación cuando partí. Fueron para mí igual de crípticas que cualquiera de los lenguajes que me dedicaba a estudiar. Se las escuché a un hombre disfrazado de dandy trasnochado que se dirigía a un interlocutor demasiado ocupado en apilar sus

maletas. Le advertía de que muchas veces se busca el amor de una mujer para olvidarla y no volver a pensar más en ella.

El informe sobre el código de los peces del Egeo comienza con las mismas palabras que copié al principio de esta carta. Ahora lo reescribo después del hallazgo de una amapola marina con las hojas blanquecinas y muy grande. No era una flor de los arenales inmersa bajo la cúpula azul y lo comprobé cuando la tuve entre mis manos, envuelta por las burbujas de mi respiración agitada.

Aquel descubrimiento supuso mi llegada al final. Siempre se trata del mismo lenguaje. Mi equipaje era sólo uno. Abandoné el balneario y me marché en tren de Tesalónica.

Las mañanas en las que el mar no me permitía bucear escribía cartas larguísimas como ésta. Y siempre, en todas ellas, acabo refiriéndome al lenguaje de las amapolas.

Fue en los tiempos en los que aún no había baremado la importancia crucial de aquellos días. En la encrucijada que forman la Tesalia, Macedonia y la península Calcídica me evocaría siempre.

La última noche del año me permití la extravagancia de celebrarla vestida de negro y recitando Odas de Horacio mientras estrellaba una botella de champagne contra el rompeolas.

No fue un naufragio sino un nacimiento. Visitar al menos una vez al año un lugar desconocido. Y la clave de lectura es de nuevo el lenguaje de las amapolas. Dejarnos atravesar y romper el cristal redondo que nos envuelve.

YEMA DE HUEVO DE PELÍCANO

Con la mano en el pomo metálico, Homero entró en el salón número cuatro, en la mezzanine del elegante y remodelado Museo de Arte de Lima.

Al separar la puerta sus ojos se abrieron a un amarillo intenso e invasor; del mismo tono que la yema de huevo de pelícano. Toda la habitación era un espacio en cuatricomía: sólo grises, la tarima de madera manchada con gotas de la misma yema del mismo huevo de las mismas aves. Un suelo de viejo y gastado taller de pintura. Al lado de la puerta una silla verde: isla exuberante dentro de la monotonía.

Homero sintió en plena cara el desafío del aire a través de las rendijas de la vidriera: un rosetón en forma de estrella y dos semicírculos enmarcados en madera blanca y descascarada, como el huevo de pelícano abierto.

Dentro de la cápsula el mobiliario era funcional en extremo: mesa rectangular de aproximadamente tres metros de largo, sus sillas correspondientes y la pizarra en blanco. En ella restos de signos borrados sin ningún nexo, sin interpretación posible.

Pero el salón vacío no encerraba el silencio sino algo peor. Junto a la puerta, Homero seguía escrutando temeroso el universo de yema de huevo de pelícano con el pomo de la puerta aún olvidado en la mano. Se sobresaltó al escuchar pasos y avanzó hacia donde la tarima crujía bajo el peso de alguien. Quedó de espaldas a la pizarra y al girarse encontró escrito en ella su destino.

La cáscara de huevo de pelícano estaba abierta.

EL DAMERO EN LA CAJA

La tapa tiene incrustado un damero de nácar y coral que todavía guarda la memoria de las algas. Lo enmarca un cristal, espejismo de mar alejado. Su horizonte son los bordes metálicos agujereados por el óxido y el verdín. La caja debió de ser vecina de la sal y la costa.

No está vacía; es una polvera antigua con residuos de maquillaje Myrurgia. Pienso en los gestos que debió matizar. Duna bajo las lágrimas, entorno de carmín de fuego o paisaje para las pestañas. Otros ojos aparecieron antes donde ahora están los míos, cuando el óxido no existía y los cantos metálicos brillaban en la oscuridad de algún bolso de terciopelo.

La caja con tapa de damero guarda otro secreto menos frío. Junto al maquillaje hay una anilla: engranaje diminuto con la base de rosca. Caracol y gramófono en miniatura. Al girarla se aprecia que por el bolero no transcurren los años, sigue húmedo, perfectamente reconocible.

He visto la misma caja con tapa de damero en tres distritos distintos de Lima: Barrios Altos, Miraflores y Santiago de Surco. La reencuentro, me intimida y no puedo evitar profanarla, aspirar el olor detenido del maquillaje y amanecer al mundo que el bolero me crea. Desde su espejo diminuto y desierto en el interior me llegan guiños de otros tiempos.

Creo que la caja con tapa de damero me perteneció hasta que la perdí con mi nacimiento. Antes estuvo cerca de mí en mi dormitorio, dentro de un bolso de terciopelo negro y ahora ya no podré poseerla porque el damero en la caja ya me posee a mí.

LA BODA

La plaza de La Virgen anegada por las palomas y las campanas, bajo los ojos una taza de café perfecta, y enfrente de mí, las risas de Carmen mezcladas con la melaza de los boleros que aún nos resonaban muy dentro y muy cerca desde la noche anterior en *La Malquerida* de Cánovas.

La terraza resplandecía bajo las sombrillas que tamizaban el mes de mayo. Disfrutábamos de un alto antes de sumergirnos en la librería París-Valencia para practicar el acostumbrado afán dominical de redimir con lecturas formales el desenfreno de la víspera. De camino siempre rescatábamos alguna mirada, bastantes bromas y la felicidad efímera que cada siete días acudía puntual. Relamernos con estas evocaciones al día siguiente era la receta para revivir la noche. La vida en estado puro a los veinte años.

Llegamos a *La Malquerida* sobre las 12:00 de la noche: la hora salsera. Juegos de luces revelaban fragmentos, secciones de movimiento, hielo brillante entre whisky y mucho calor en la música colombiana.

Encontramos a Mike. Por aquel entonces era mío, y yo le pertenecía sin pactos ni desigualdades. Le admiré la camisa de seda y los ojos verde oasis. Mientras, Carmen sufría la tortura de ser impares. La silla incompleta le anticipaba una cama habitada a medias. Mike fumaba y reía. Carmen repasaba con fuego en los ojos y en el vaso toda la fauna del pub hasta que me señaló a alguien. Reí también como si estuviera obligada a aprobar su elección y me dirigí hacia donde bailaba el escogido. En dos minutos Alejandro estaba sentado a nuestra mesa. Habíamos conseguido conjurar el odioso trío; nos habíamos expandido previo intercambio del “tengo una amiga que te quiere conocer”, con el que lo acerqué. Fue la fórmula que anticipó los dos besos corteses y escrutadores entre ellos. Después cambiamos el escenario por *México lindo* y varios tequilas. La ronda continuó un tiempo más antes de llegar a puerto y vararnos entre sábanas.

Alejandro vestía de forma impecable, demasiado. Deslizaba las frases con una dicción de colegio caro y cada minuto repetía “por favor” y “gracias” varias veces. Mencionó que a la mañana siguiente tenía una boda de alguien bastante cercano. El inevitable sacrificio de tener que cumplir con un compromiso tedioso. Cuando lo

conocimos en La Malquerida celebraba la imprescindible despedida de soltero de su amigo, en una confraternidad alcohólica que abandonó por las piernas y la dulzura de Carmen. Aunque en sus labios la expresión sonó más automática y menos intensa. Mike, Carmen y yo teníamos secuestrado a Alejandro con su aquiescencia pero sin conseguir que su mente también nos acompañara. No estaba disperso, su excelente educación se lo impedía. Era amable; se ofrecía para ir a la barra, asentía con suaves movimientos de cabeza y sonreía desde la profundidad oceánica de sus ojos. Pero se le adivinaba un fondo de timidez que lo alejaba un tanto de nuestras bromas. En cambio, a Carmen se la veía ufana por la captura. Mike estaba en la aventura número dos mil. Como siempre, cualquier anécdota la convertía en una historia digna de ser recordada. Mientras, Alejandro, no demasiado divertido, miraba con cara de ángel su Tag Heuer resistente al agua. La conversación continuó por la avenida Colón hasta que nos detuvimos frente a mi edificio. Mike y yo subimos. Desde la ventana le lancé las llaves a Carmen que todavía seguía apoyada en el Rover de Alejandro. Al final entraron los dos y se sentaron muy aterciopelados en el sofá. Mike y yo no pudimos sofocar la risa desde la otra habitación. Nos dormimos acunados por el ruido de los resortes de la cama que gemían bajo el peso de Carmen y Alejandro. Bryan Adams los acompañaba.

De madrugada me despertó una sed de siglos y dispuesta a salvar los dos metros entre mi cuarto y la cocina me tropecé con Alejandro que se abotonaba la camisa a la vez que pasaba la punta de su cinturón por la hebilla, se anudaba los cordones de los zapatos y guardaba sus cosas en los bolsillos de la chaqueta. Increíblemente conseguía hacerlo todo a la vez. Su nerviosismo creció en sus movimientos y a la vez en sus ojos. Carmen dormía. Me agradeció “mi hospitalidad” e improvisó, en el mismo estilo lacónico de la noche anterior, un mensaje cariñoso para ella. Fue hacia el ascensor. Yo seguía con el vaso en la mano presenciando aquel espectacular despliegue humano comprendido en una sola persona. “Me encantaría quedarme con vosotros, sois fantásticos, podríamos ir a desayunar churros con chocolate a Santa Catalina pero ya sabes que no puedo. Bueno, gracias por todo”.

El ascensor tenía un rectángulo de vidrio en el centro, parcelado en cuadrados repetidos a través de los que vi desaparecer a Alejandro. Terminé mi tercer vaso de agua y me adormecí junto a Mike con el estupor que me produjo constatar la personalidad

obsesiva de mi breve inquilino. Nadie es perfecto.

A las diez de la mañana me rozó la mejilla la nota que Mike me había dejado sujeta a la almohada con un imperdible. Se había ido a hacer trial y me proponía encontrarnos para comer en su casa. La puerta del otro cuarto se abrió con el bostezo descomunal de Carmen en ruta hacia la ducha. “Hola amor”, me dijo.

La arrastré hasta el autobús y no se despertó del todo hasta que pasamos frente a las torres de Serrano. Todo el trayecto la tuve apoyada en el hombro. Las gafas de sol la aislaban. En la parada de poeta Querol miró el cauce del río Turia, estiró los brazos y me sonrió. “¿Qué tal?” “Nos tomamos un café en la plaza de La Virgen y te cuento” “Me cuentas y me invitas”.

La fuente del centro era una mezcla de mitologías que a esa hora no estaba dispuesta a descifrar. Había naranjas, jarros desde los que brotaba el agua, gigantes, diosas de pelo largo y ensortijado cubiertas por el velo de plumas de las palomas. Carmen miraba en la misma dirección “una alegoría de la huerta valenciana” me dijo. Respondía a mis preguntas antes de formularlas, con sólo pensarlas invocaba su clarividencia. Volvimos a reírnos y me cantó: “yo siento tus amarras que me agarran como garras, como garfios... desde que tú te fuiste yo no he tenido luz de luna”. Unas cuantas noches más como aquella y podría doblar a Chavela Vargas sin que nadie lo notara. “¿Qué tal?” volví a repetir, volviéndome redundante yo también. Terminó su café, se limpió con la servilleta, se pasó la lengua por los labios, abrió el sobre del azúcar, metió un dedo, lo chupó y me dijo: “Bien, muy bien”. Y añadió: “¿*María* es de Jorge Isaacs o de Rómulo Gallegos?”. Este tipo de dudas sólo las podía tener somnolienta. Aunque sospeché que sabía perfectamente que *Doña Bárbara* la escribió Gallegos. Aún no tenía procesada la historia con Alejandro. Era puntillosa y ocurrente en sus relatos. En un par de días me obsequiaría con una descripción exhaustiva y desternillante pero tenía clarísimo que no ahora. “Tengo que comprarme también el de Azuela, y el otro de Echevarría”. Pidió la cuenta.

Cuando nos levantábamos comenzaron a repicar las campanas. Obedeciendo al sonido se formaron dos grupos sobre el pavimento de mármol de la plaza siguiendo el criterio de sus ropas. Los que estaban vestidos de domingo fueron hacia la iglesia y el resto “que no iba de boda” siguió relajadamente con sus trayectos. Nosotras estábamos a

punto de girar la esquina de la calle Caballeros, con la tentación de cuento de hadas de *La Casa de los caramelos* al fondo, cuando se abrieron de par en par las puertas de la catedral y comenzó la lluvia de arroz sobre un paraguas de gritos y aplausos. “Vamos a mirar”, le dije. “Cómo eres”. “Así vemos el traje, venga, y todo eso, vamos.”

Carmen se puso las gafas de sol y vi como sus botas camperas, de cuero legítimo, bajaban el escalón que nos separaba de la plaza. Nos confundimos entre los invitados, llenos de seda y perfumes franceses. La novia era una diosa de cabello ensortijado cubierta por un velo de plumas de paloma que levantó para besar a su marido recién estrenado. Cuando el ritual terminó, el novio recibió varias palmadas en la espalda y más felicitaciones efusivas. La novia sonreía meliflua a los previsibles cumplidos y levantaba con elegancia la falda para bajar los escalones del atrio de la catedral. Un delicado botín forrado de satén apareció bajo las sayas interminables.

Todo se movía a nuestro alrededor anticipando el ritmo ondulante del vals. Era una coreografía grácil, poblada de tonos pasteles y sonrisas. Todo se movía menos nosotras, paralizadas por la mirada aterrorizada del novio.

¿QUIÉN?

Mi travesía griega siempre comienza en el aeropuerto Hellinikon. Para cruzar después, desde el norte de la península, a bordo de un transbordador las aguas verde oliva. La perfección cromática vuelve irreal el paisaje.

Frente a la costa, el anuncio de la amistad recobrada me altera el alma. *Corazón loco* es mi traducción íntima de la isla de Corfú.

El verano pasado llegué al anochecer a la casa de mi amigo Solórzano. Los otros invitados se repartían entre la sala y la terraza plagada de hamacas de lino. La piscina extendida bajo las palmeras, inmóvil, a pesar del frenesí que ascendía hasta allí desde una discoteca vecina.

Desde el otro lado de los ventanales sobre el mar jónico tal vez parecíamos un grupo de excéntricos ociosos. Pero para nosotros, aquella cita de cada agosto constituía todo un rito. Nos otorgaba la felicidad de sabernos involucrados en la misma singladura.

Sin dejar mi equipaje, me sumergí en el reencuentro; saludé a Ciro. Me abrazó con la afabilidad de siempre impresa en su mirada de desierto árabe. Sus ojos tienen la misma viveza y el fulgor que el licor de dátíl. Una belleza terrosa e inquietante. Me divierte su pose de comerciante de antigüedades erudito, aunque demasiado joven como para tomarlo en serio. Tiene una tienda en el barrio de Galatasaray en Estambul. Habla poco y siempre en una suerte de aforismos o acertijos que parecen convocar una sabiduría milenaria. Lo acompañaban, en esa ocasión, Ivana y Edurne. Me las presentó. La primera era de Illinois, rubia y esbelta. Sin un solo término castellano en su vocabulario, pero chispeante y buena bailarina de ritmos latinos. De inmediato noté su conexión con Peter Camp, mi peculiar amigo perseguidor de olas. Había recorrido medio mundo con su tabla hawaiana bajo el brazo a la búsqueda de espejismos de espuma. El windsurfista atrapaba a la americana refiriéndole sus hazañas líquidas con un entusiasmo infantil, mientras ella se fijaba más en sus músculos que en sus palabras. Tenía físico de héroe pero yo siempre lo consideré un náufrago del mar sin límites, su única patria.

Tal vez Ivana sería capaz de vararlo aunque el resguardo solo durara un invierno. Camp decía que la mar es celosa y que si la compartía con otra mujer se vengaría de él arrastrándolo hasta sus abismos.

Eduarne, la otra amiga de Ciro, era reservada y pensativa. Se dedicaba a publicar libros de filosofía judía y otras materias áridas en una editorial de Munich que heredó de su familia. Tres personas muy dispares que recalaron juntos en Corfú porque se profesaban una amistad enorme.

Junto a mí estaba sentado Armando, al que siempre sentí muy cercano: sibarita, como corresponde a un hedonista militante, devoto de cualquier arte, cincuentón y aquejado de una elegante enfermedad que a todos los que éramos incapaces de repetir su nombre nos parecía imaginaria. Lo conocí en París hace más de veinte años, en la cafetería L'Ermitage, y a la tercera copa supimos de la afinidad de nuestras almas.

Dirigía una revista de viajes y los relatos con que nos ofrendaba tenían el misterioso poder de recrearnos Katmandú, Samarkanda o cualquier otra ciudad con tal prolijidad de detalles, que sin bajarnos de sus palabras embelesadas, olíamos las especias, el perfume de jazmín y albahaca de las mujeres o sentíamos el relieve de los azulejos con que estampaban los patios. Acababa de recorrer la ruta de la seda, y nos entregó algunos regalos como prendas de una civilización a la que él parecía dispuesto a salvar del ostracismo. Era metódico hasta rozar lo obsesivo: cada día contestaba el mismo número de llamadas, cartas y correos electrónicos: siete. Y no podía prescindir de sus manías porque la vida se le desbarataba. Sólo contemplaba una excepción al teléfono: con nosotros su disponibilidad era absoluta.

Solórzano es nuestro privilegiado anfitrión de cada verano. Nació en Uruguay y aunque posee una de las mansiones más impresionantes sobre los acantilados no es armador, ni tiene negocios petrolíferos, ni ningún otro del mismo color. Su fortuna le llegó con Meredith, su mujer y deidad cotidiana bajo cuya advocación pinta y escucha a Bach. Meredith siempre viste túnicas blancas bordadas con los colores de una mariposa luminosa. Es eterna en su risa y en su capacidad para fabricar bromas inteligentes.

Carmen y Lola, son salmantinas, pareja, y únicas integrantes de Frontera Cero, su grupo plástico, con el que reconvierten affiches de cine, cómics, sellos y otros síntomas occidentales a un pop art un tanto trasnochado. Aunque su obra artística la relegan para las enciclopedias del futuro porque habitualmente decoran casas de millonarias snobs con la imaginación atrofiada. A ellas se les ocurrió la idea fructífera y brillante de las reuniones en la isla.

Me resulta muy placentero describir a mis amigos, pero ahora sólo quiero referir lo que ocurrió aquella noche de la que ya han pasado más de trescientos cincuenta y cinco días.

Durante la fiesta bebimos krasí retsinató, una especie de vino con textura de jarabe de miel. La mesa nos esperaba repleta de berenjenas, quesos y carne picada condimentada con unas hierbas aromáticas que parecían convocar todos los bosques griegos.

La alegría se guardaba en los ojos que el país marino nos cambiaba de tono al ponerlos frente al mar. Cada uno refería descubrimientos, conquistas, azares, noticias y el trayecto hasta la casa adonde nos conducían las vacaciones.

Desde el salón vimos, a través de la cristalera, el taxi que dejaba junto al acantilado a Fiona, Alcibiades y Bruno. Ya no faltaba ninguno de los convocados. Mientras ellos subían la escalinata exterior a alguien se le ocurrió contarnos como para constatar que la presencia de todos era real. Y fue entonces cuando la noche tomó un giro inesperado porque sumábamos trece, la cifra fatídica.

Los presentes, aunque escépticos, comenzamos a añadirle al desasosiego nuevos datos: ante el espanto general Meredith dijo que si compartíamos la misma mesa uno de nosotros moriría antes de que pasara un año.

El silencio fue breve porque lo borró la música y el alcohol. Nos reímos y brindamos, pero la desazón quedó en el fondo de las copas, pasó a las gargantas y nos invadió un sentimiento extraño que ninguno se resignaba a aceptar. Somos de distintas nacionalidades pero tal vez la estancia en un país fundador de mitologías influía en volvernos más crédulos. Algo así dijo Edurne, la editora. No nos volvimos supersticiosos de golpe, es cierto, pero no aceptar el poder funesto de la cábala no evitaba que flotara en aquel ambiente, segundos antes inmaculado, una presencia amenazadora, como de anticipación de la catástrofe, un leve aire de tormenta. A pesar de todo esto nadie dejó de sentarse, nadie confesó su miedo y nos agrupamos en torno a la comida como cada año.

De sobras está decir que a los que no formaban parte de la raigambre judeo - cristiana tuvimos que ilustrarles con el pasaje de la Santa Cena, que fue la última porque uno de los reunidos cayó en desgracia. Armando añadió que si después se resucitaba el

problema no era tan grande, sólo se trataría de un abandono temporal.

Alrededor de la mesa siguió la conversación entre las velas y el cristal de las copas. Alguien citó los temores nocturnos de Julio César con los que compensaba su arrojo en las batallas galas. Y entre las creencias más sorprendentes recuerdo que Alcibiades entre carcajadas dijo que si una persona se bañaba en la playa la noche de viernes santo se convertía en pez.

Fiona, neoyorquina y de formas perfectas, advirtió de los peligros de dormirse bajo una higuera y así cada uno fue añadiendo resabios de sucesos inexplicables. Cuando una mecedora se balancea sola es el diablo el que está sentado en ella y tal vez con un arma cargada.

Y el colmo: Edurne, con su clarividente formación intelectual, añadió que cuando uno escucha su nombre debe estar seguro antes de girarse de quien lo pronunció porque puede tratarse de la voz de la muerte que lo busca para llevárselo. Parecía que inevitablemente comenzábamos a sentirnos permeables al conjuro, aunque la única verdad tangible era la de las deliciosas berenjenas horneadas que impidieron que nadie renunciara a su asiento. Acompañamos los postres de almendra con ouzo, un anís entre azulado y opalino que acabó de despejar cualquier duda.

La digestión nos sumergió en cuestiones más terrenales. Bailé con aquellas espléndidas mujeres mientras Armando ojeaba un tratado de arte medieval en el fondo del salón y sonreía lujurioso ante los capiteles. Peter Camp oteaba el furor de las olas anticipando la estrategia de la mañana siguiente. Ciro conversaba con Solórzano sobre Turquía y Carmen y Lola disfrutaban entrelazadas de una cumbia tropical.

Cuando salí al corredor encontré a Meredith llorando. Absurdamente se culpaba por ser la anfitriona de aquella antesala de la desgracia. Estaba desconsolada: me hablaba de enfermedades, accidentes, enumeraba todas las plagas de Egipto. Y la besé, tenía el temblor de las tragedias teatrales en los labios y el brillo que da el sino inexorable en las pupilas.

Pareció sentirse algo mejor después de mi aporte y regresamos junto a los demás. Bruno, con el torso desnudo y un pañuelo de seda en los hombros, ensayaba tácticas de aproximación a los volúmenes de Fiona. Alcibiades y Edurne se habían dormido. Y el

resto deambulábamos entre el bar, las terrazas, los mullidos sillones tapizados de ramajes mediterráneos y las frases cada vez más breves, lejanas y diluidas.

Solórzano entró con una bandeja humeante y el aroma del café lo inundó todo. Detrás, el telón del horizonte, enmarcaba nuestra reunión con una claridad anaranjada. Relegamos el desenfreno cuando Armando ajustó en el CD el aria con que arranca el segundo acto del Werther de Massenet. Ciro estaba sentado junto a mí admirándose los zapatos. Peter Camp dejaba que Ivana lo peinara con sus dedos. Solórzano seguía imbatible, celebrando con palmadas estruendosas el gesto de Alcibiades que antes de quedarse dormido dejó sobre la alfombra su grabadora para no perderse el resto de la velada.

Cuando amaneció algunos se lanzaron a la piscina. Yo preferí retirarme a mi cuarto acompañado con la esperanza de alguna visita intempestiva que no se produjo. Me alojé en una de las alcobas, desde la ventana podía admirar la memoria épica de Homero. Por las calles empedradas y acotadas por las buganvillas y el musgo paseaban aún los descendientes de los dioses.

La tarde siguiente el grupo se había dispersado: Fiona, Edurne e Ivana se soleaban sobre las hamacas de lino crudo. Meredith había salido a recorrer el mercado, Carmen y Lola seguían en su habitación, tal vez representando con sus cuerpos la frontera cero de su arte. Peter Camp era una figura lejana, un caballito de mar, sobre su tabla hawaiana. Alcibiades ya había partido de regreso a su oscura cátedra de la universidad de Atenas. Bruno y Ciro agitaban la piscina a brazadas, negándose competencias con desdén de triunfadores. En torno a una de las mesas de la terraza Armando y Solórzano bebían brandy francés y fumaban. Me uní a ellos y volvimos a ser los mismos de cada año.

El viaje de vuelta no encerró ningún misterio y ahora escribo lo que quedó de esa noche para entretenerme en este hotel de la Riviera al que me ha traído una reunión con mis homólogos, como dicen los periódicos, del Banco Mundial.

Apenas faltan diez días para volvernos a encontrar en Corfú y me solazo con la idea de que todos seguimos vivos y que por lo tanto hemos burlado el supuesto destino infausto que nos aguardaba. Por recomendación de Meredith, tan angustiada, me erigí en corresponsal de mis amigos. Sin alarmarlos conseguí saber de todos ellos y su admirable

vitalidad.

Ciro encontró el tapiz de sus sueños en el zoco semiderruido de una ciudad de nombre imposible. Sentí su calidez a través del teléfono, su camaradería inquebrantable y las bromas interminables sobre las mujeres. Peter Camp volaba sobre el mar de Tenerife, rebozado de sal y de sol y me anunció que llegaría desde esta isla a la nuestra. Carmen y Lola seguían en su galería del casco antiguo de Salamanca. Las bienales de arte de un par de ciudades centroeuropeas habían incluido en su programa a Frontera Cero.

Alcibiades se había jubilado y ahora se dedicaba a transitar los parques para observar Nausicas de quince años. Ivana trabajaba en Illinois como una estajanovista de las finanzas, frecuentaba a Fiona cada vez que sus asuntos laborales la llevaban a Nueva York. Edurne se había enamorado, pero no de mí. La descripción, a la manera de un retrato medieval, de su bien esquivo, ocupó toda una hora de mi tiempo y mis facturas telefónicas. Bruno continuaba en el laboratorio Bayer de Bremen, seguramente pellizcando la bata blanca de sus compañeras. Armando disfrutaba en París del privilegio de su existencia dedicada a admirar el arte ajeno y Solórzano y Meredith envueltos en mi envidia vivían los subyugantes atardeceres del mar jónico. Un auténtico premio celestial.

Aunque resulte insólito durante todo el año no he podido apartar de mi mente la absurda profecía. Armando era el único que notoriamente se había declarado enfermo, Alcibiades era el más anciano, aunque este tipo de factores sólo influyen en las estadísticas. Tampoco se trataba de medir las posibilidades.

Salí a la noche plateada de Niza, paseé por el Malecón de los Ingleses y me senté en una de las sillas metálicas dispuestas para la contemplación del espectáculo continuo del mar. Meredith, durante nuestro encuentro furtivo y breve, me dijo saber de otras situaciones anteriores, referidas por conocidos suyos, en las que el diagnóstico fue implacable. Quise que ya fuera agosto y vernos a todos reunidos bajo la araña de cristal de la sala, enmarcados por los cuadros centenarios de Solórzano. Necesitaba borrar el tiempo que me separaba del encuentro. Aquella noche todos acabamos sugestionados por la idea de la catástrofe pero lo increíble es que ninguno de los trece renunció a la cena.

Yo fui el promotor de nuestra hermandad. Soltero, y con mucho tiempo libre me propuse que el vínculo entre nosotros no se disolviese por la distancia. Contábamos con

la ventaja de nuestras economías solventes que nos permitían trazar líneas sobre el planeta a la velocidad de un avión. Mi gratitud hacia ellos siempre fue infinita, sin familia cercana, siempre los consideré mi auténtica riqueza. Ellos me habían respondido con una valentía fiera en las situaciones más crueles de mi existencia.

Hace diez años debido a un cambio en los patrones de contabilidad de mi empresa acabé en la cárcel acusado de desfalco. Las cifras no cuadraban y pensaron que el dinero que causaba la diferencia estaba en mi poder. Cuando salí a los siete meses libre de cargos ya no podía abandonar las aventuras de navieros y la escritura de relatos y cartas con que entretuve el tedio amarillo del penal.

El día de mi libertad estaban en la puerta esperándome: Armando, Solórzano, Meredith, Ciro, Alcibiades, Carmen, Lola, Bruno y Fiona. Mi única reacción fueron las lágrimas. No pude hablar durante días, sólo estrecharles y dejarme abrazar, reconfortado por ellos que contrataron y pagaron a los auditores y el resto del equipo de economistas y abogados que demostró mi inocencia.

A Armando le referí uno de los episodios más extraños que me sucedió durante mi encierro: todas las mañanas, escuchaba una canción francesa de Charles Trenet, que se anticipaba al sol. Era una voz de mujer: acaramelada, conscientemente morosa, un milagro que confirmaba la certidumbre de los sentimientos puros al otro lado de las alambradas y los muros interminables. Un día pude atisbarla brevemente, vestía de verde y recogía la ropa de su terraza. Este sólo indicio me convenció de que era ella a quien yo esperaba. Tal vez tuve que acabar en la cárcel para encontrarla. El amor es así de absurdo. En otra de mis inspecciones a través de la ventana enrejada vi sus ojos oscuros bajo una pámela de paja. En la mano le brillaba una regadera de latón con la que otorgaba a sus plantas el engaño de la lluvia. Llegué a vislumbrar su sala, repleta de cuadros con palmeras y cerámicas africanas. Acoplé mi rutina a la suya, no bajaba al patio porque prefería el sol de su presencia. Mantuve un romance silencioso con ella durante siete meses y cada noche le escribía una carta para entregársela en el momento en que nos conociéramos.

Cuando recibí la noticia de mi salida pensé en tenerla junto a mí, en besarla mientras bailábamos y en agradecerle todo lo que sin saberlo había hecho por mí: el poder anestésico del amor. Pero cuando el coche de policía que me transportaba rebasó

los límites del penal miré a la derecha y no encontré ningún edificio, sólo la imagen de la muerte: un solar vacío habitado por escombros y matorrales. En cambio, ella seguía diáfana dentro de mí, perfectamente reconocible. Al menos la algarabía de mis amigos me impidió el desencanto aunque esta historia sigue envolviéndome. Armando me prestó los discos de Trenet y la reencontré. Busqué vestidos y pamelas como la suya en otras mujeres pero ninguna correspondía a su verdad. Es cierto que en la cárcel sufrí de delirios y la humedad me atacó pero también coincidieron estos momentos de enfermedad y desasosiego total con la presencia más rotunda de la mujer que mimaba sus macetas con cipreses enanos. Cuanto peor estaba más cerca la sentía.

No sé porque el ambiente suntuoso pero decadente de Niza me la ha vuelto a traer de regreso. Su evidencia me produce punzadas dentro del pecho, me contrae el corazón en espasmos y me imagino llevándola a Corfú conmigo. Mostrándole los atardeceres de la isla, los acantilados imponentes bajo los brillos azulados, brindando con ouzo y disfrutando los quesos ancestrales y las berenjenas violetas y rotundas. De algún modo ya estoy gozando con la anticipación del viaje: juntos en el avión, atravesando el mar hasta la isla a bordo del ferry mientras escuchamos sobre la cubierta la ronquera cadenciosa de Trenet.

No puedo evitar preguntarme, cómo lo llevo haciendo todo este año, inevitablemente y a instancias de Meredith quién no estará en Corfú esta vez, cuál de nosotros habrá m

u

e

r